



Maribel Pont

El secreto de lo prohibido

El libro
que los
hombres no
deben leer.

El secreto de lo prohibido

Maribel Pont

© Maribel Pont 2013

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

A todas las mujeres, y por qué no, a sus maridos...

Maribel Pont

Capítulo 1:

Todas lo habían hecho. Excepto yo. Y ya estaba harta de las burlas de las chicas. Estaba harta de que me llamaran sosa, y conservadora. Yo era una mujer de costumbres, y si llevaba a menudo blusas de cuello alto y chaquetas de lana, era porque odiaba el invierno. Mi marido ya sabía lo que escondía bajo las capas de ropa. Y nunca se había quejado. Pero ellas seguían creyendo que me haría falta, porque ellas ya lo habían hecho. Y entonces fue, cuando sin venir a cuento me lo regalaron entre todas. Al principio me sentí ofendida, ¿acaso creían que era algo imprescindible en mi vida? ¿Cómo podían ellas opinar sobre mi vida íntima? Tuve que esbozar una sonrisa, y simular que estaba encantada con mi regalo. Ellas me miraban con caras divertidas, y Silvia tuvo que decir la última palabra:

—Ya nos contarás qué tal...

He de admitir que lo hice ya por curiosidad y, para que cuando todas hablaran de él pudiera dar mi humilde opinión.

Alfredo llegó a casa cuando estaba a punto de empezar. Nadie diría que hacía tres días que no dormíamos juntos, quizás ya nos habíamos acostumbrado a los constantes viajes a causa de su trabajo. También habíamos pospuesto los reencuentros para el día siguiente, ya que Alfredo cada vez regresaba más cansado.

Aquel día hicimos lo mismo que las otras veces. Preparé pescado al horno, con salsa de gambas, ajos y cebolla. Saqué del congelador una botella de *Frascatti* blanco, y lo serví en las copas que sólo empleábamos cuando había algo que celebrar. Luego nos sentamos en el sofá, me contó cómo había ido todo, me dijo lo mucho que me había echado de menos, me dio unos cuantos besos cortos en los labios, se disculpó y se recostó sobre uno de los almohadones para quedar dormido en cuestión de segundos. Lo observé durante un rato mientras dormía, era un buen hombre. Era el único hombre al que había conocido, y le quería más allá del amor, el sexo era trascendental. Refugiada de nuevo en la tranquilidad de mi hogar volví a mi butaca individual, y decidí explorar el ansiado regalo, y digo ansiado porque les hacía más ilusión a mis amigas que a mí. También me pudo la curiosidad de saber por qué lo llamaban "*El libro del que hablan todas mujeres*". Sin darme cuenta me adentré en aquella historia que no hubiera sabido calificar. Al principio me alarmé. Luego dejé de prestarle la importancia que le daba, y seguí leyendo como si se tratara de una simple novela de ciencia ficción. Alfredo seguía durmiendo con una sonrisa plácida en los labios. ¿De verdad creían ellas que convertiría a mi marido en un Grey? La verdad es que el hombre no parecía estar nada mal, claro, para una veinteañera. Yo estaba a punto de cumplir los cuarenta, y no me apetecía en absoluto cambiar la relación con mi marido. Y vaya susto me habría dado si de pronto me hubiera atado a la cama y me

diera unos azotes. En fin, seguí leyendo porque soy incapaz de dejar un libro a medias, pero entonces ocurrió algo terrible. ¡Había mojado mis braguitas! Santo cielo, era absurdo. Cerré el libro de golpe, abochornada. Entonces Alfredo ya roncaba de costado en el sofá, lo miré como si yo estuviera haciendo algo malo, y me ruboricé. Tampoco pude evitar imaginármelo en plan controlador y dominante. Más bien sería él el sumiso, aunque enseguida deseché la idea cuando recordé sus problemas de espalda. Se acabaron las sombras por ese día, dejé el libro sobre la mesita auxiliar, desperecé a Alfredo con un suave balanceo de hombros y, le seguí hasta la cama tras sus pasos vagos y adormilados. Me pregunté cómo habría reaccionado si yo hubiera tenido ganas de sexo. ¿Acaso tenía yo ganas de sexo? No, el cuerpo no me lo pedía.

Capítulo 2:

Cuando desperté, Alfredo estaba pegado a mi espalda. Su barba incipiente rozaba mi cuello, y su respiración resonaba espesa y sonora rompiendo el silencio de la noche. Probablemente su sueño era más apacible que el que había sufrido yo. Y digo sufrido porque Alfredo me alcanzaba con un látigo de tiras de piel, un antifaz negro que perfilaba el vello de su rostro, y un tanga nada favorecedor para un hombre de su edad. Tuve que reírme cuando lo recordé, e instintivamente imprimí un beso en su mejilla, parecía un bebé en los brazos de mamá. Luego abrió los ojos, y me devolvió una sonrisa inocente. Me dio los buenos días, y tras mirar el reloj dio un brinco de la cama para vestirse.

—¿En serio tienes que ir a la oficina? —le recriminé quejumbrosa.

Alfredo exhaló un suspiro. Terminó de abrocharse el pantalón, se ajustó una corbata gris sobre la camisa blanca, y se acercó al borde de la cama aún descalzo.

—Cariño —dijo con culpabilidad— he de cerrar ese contrato. Pero esta noche lo celebraremos. ¿Te apetece?

Hice un mohín con mis labios simulando que estaba enfadada. Sabía que dijera lo que dijera no se iba a quedar en casa, entonces asentí. No sé si me apetecería hacerlo, pero hacía tres días que no habíamos tenido relaciones, y acabaríamos por hacerlo.

—Claro —dije lacónica.

Luego se marchó. Volví a escuchar el silencio de mi hogar, el vacío de una casa inanimada. Entonces tuve que reflexionar, todavía escondida entre las sábanas. ¿Hasta cuándo duraría aquello? ¿Llegaría el día que le pudiera dar un hijo a Alfredo? ¿Quería ser madre? Todos esos pensamientos llegaron a incomodarme. Claro que quería formar una familia. Me había casado con ese propósito, pero el tiempo transcurría veloz, y mi cuerpo dejaba de ser joven para engendrar un hijo. ¿Lo soportaría Alfredo? ¡Basta ya! Tuve que detener mis pensamientos, y me descolgué de la cama irritada conmigo misma. Necesitaba un café. Me encaminé hacia la cocina, automáticamente, y al pasar por el comedor divisé el libro que me habían regalado las chicas. Estaba reclamando mi atención. Sonreí incrédula, yo no era de esas. Fui a por mi café, y me lo llevé a la butaca. El libro esperaba impaciente, y no pude evitar echarle un vistazo. Di el último trago de mi taza, y me revolví en el sillón. Acababa de leer una escena impactante, que de pronto me hizo sentir identificada. Tal vez era eso lo que le hacía falta a nuestra relación. Grey era tan dominante... cuando Alfredo era tan... ¿cordial? No, jamás le pediría a mi marido que dejara la cordialidad en la cama, aún recuerdo la vez que le pedí que me... sí, eso. Y se echó a reír. No, nunca más se lo pediría. Igual que Grey, él tenía su manera de amarme, y nunca me había quejado, porque el sexo no era

prioritario en nuestra relación. Y amor y sexo iban de la mano. O eso me habían inculcado. No me apetecía reflexionar mucho más, o terminaría tirándome de los pelos. Volví a abrir el libro, realmente me interesaba aquella historia. Aunque en ese momento no lo habría admitido ni por todo el oro del mundo. Tan sólo había algo que me inquietaba, ¿podía una mujer alcanzar el orgasmo en tan poco tiempo? Otra vez regresó el diablo. Noté como mi sexo despertaba, y una excitación poco común se apoderaba del interior de mis braguitas. Suspiré con fastidio, en parte porque nunca había conseguido llegar a la cama así de motivada. Y en parte, porque hacía mucho que no experimentaba un morbo como aquel. Sin apenas premeditarlo, mi manó hurgó dentro mi pijama de franela. Mi clítoris abultaba palpitante, dolorosamente excitado. Sentí una imperiosa necesidad por acariciarlo. Muy rápido. Estaba tan húmedo como ardiente, y ensordecida por mi respiración entrecortada me sorprendí masturbándome frenéticamente, y gimiendo ante una descarga electrizante que recorrió mis nalgas, mi vientre, mi cintura... y me dejó prácticamente extasiada en el sofá. Exhalé un último suspiro, luego me sentí rabiosamente culpable. Ojalá pudiera sentir lo mismo con Alfredo. Esa noche haríamos algo diferente.

Capítulo 3:

Ese sábado lo dediqué a la limpieza, y entre tanto hacía breves paradas para echar una ojeada al libro endemoniado. Tal vez pensaba que de aquella manera podría mantener encendida la llama del morbo. Realmente me apetecía volverme a sentir tan excitada como la vez que lo había hecho conmigo misma en el sofá, pero había sido tan intenso, y probablemente me estaba obsesionando tanto por sentir ese morbo, que no obtuve la reacción que deseaba. Mi móvil sonó, era Andrea que reclamaba el café de los sábados con las chicas. Ya había limpiado bastante, me vestí y bajé a la terraza del barrio. No me apetecía mucho el revuelo de las chicas, puesto que intuía por dónde irían los tiros.

—¿Y bien? —asaltó Silvia antes de que tomara asiento.

Odio a veces no equivocarme. ¿Por qué tenía que ser tan cotilla? Que ellas no ocultaran tabús respecto a su vida sexual no significaba que yo debiera hacer lo mismo.

—Buenos días chicas. —dije en tono irónico.

Silvia mantenía una sonrisa pícara. Andrea apuraba un cigarro cubriéndose los ojos del sol, y Marta la más normal entre ellas se comía una napolitana de chocolate con el ansia de quien devora un manjar.

—¿Ya lo has empezado? —preguntó Andrea seguramente motivada por una patada bajo la mesa por parte de Silvia.

—La verdad es que aún no he tenido tiempo —me justifiqué jugueteando con mis dedos.

Mentí como una bellaca. Pero, ¿Qué les iba a decir? *Mi marido dormía plácidamente en el sofá, mientras yo empapaba mis braguitas.* Definitivamente, no.

—Pues yo acabo de empezar la segunda parte. —anunció orgullosa Silvia.

Las otras dos la apremiaron con la mirada y una cabezadita solemne. Me pareció algo surrealista. Por lo que me pregunté de qué manera habrían aplicado la endemoniada lectura en sus matrimonios.

—En vista de que aún no puedo seguir vuestro rollo, estaría bien que me contarais cómo os va a vosotras.

Marta abordó la conversación, indignada.

—Que te lo cuenten ellas, porque para mí es una tortura. —dijo aún con la boca llena.

—¿Ah sí? —pregunté aliviada, aunque en el fondo quería decir: *cuenta, cuenta.*

—¡Claro! ¿Cómo voy a poner todo eso en práctica si no tengo novio?

También era cierto. Pobre chica, no pude evitar imaginármela en el sofá con la mano en el sitio prohibido, y frotando. Tuve que cambiar de pensamientos.

—Pues mi marido está encantado. —fanfarroneó Andrea.

—Qué suerte chica, el mío dice que lo tengo harto. —se lamentó Silvia

—Shhh calla, Verónica no sabe aún de qué va. No le estropees la lectura.

Bla, bla, bla tenía que hablar la salvadora. Definitivamente, no les diría por el momento que lo había empezado, bueno que ya casi iba a por el final. Y menos que me montaba una orgía a solas basándome en el señor Grey y la señorita: “*Me muerdo el labio porque sé que te pone*”. Debía de empezar a delirar por aquel entonces, y cuando regrese de mis pensamientos las chicas me miraban alarmadas, como si tuviera algo extraño en la cara. La verdad es que hacía calor, un calor sofocante. También debieron de ponerme de los nervios sus miradas escrutadoras.

—Verónica, ¿te encuentras bien?

Tenía que decir la palabra mágica... y al acto noté un mareo que hizo que mis ojos se entornaran. Cuando volví a abrirlos, me encontraba arrellanada en el suelo de la terraza, con una toalla empapada sobre la frente, y el camarero sujetando mis tobillos a la altura de su pecho. No sabía qué había pasado, tan sólo recordaba que lo último que imaginé era una orgía, a Grey, mis manos. ¿Qué coño hacía el camarero con mis piernas? Ingenua de mí, me había desmayado y alguien sacudía mis piernas para retornar la circulación a mi cabeza, que falta me hacía. Ahora entiendo a los hombres, cuando piensan en sexo la sangre se les concentra en la bragueta, pero ellos se niegan a desmayarse. ¿Sería cierto? No, no podía ser. Santo cielo, aquello no era normal. Procuré achacar lo sucedido a mi tensión arterial, y serenarme. Me levanté como pude, me despedí apresuradamente, y con la boca abierta dejé a las chicas y al camarero que me contemplaban estupefactos como me alejaba lo más deprisa posible. Ya con más calma me detuve frente al escaparate de una pastelería, aquellos deliciosos y coloridos pastelitos acapararon mi atención, y la de mi insulina. Tras recomponerme los pelos frente al cristal me adentré al interior para comprar una bandejita de postre para la noche que tenía preparada para Alfredo. Nunca me había fijado, pero me sorprendió que aquella mujer mayor y de sonrisa honesta dispusiera de un mostrador con pastelitos con formas de pene y bollitos que simulaban tetas con una graciosa cereza en el centro. La mujer de pelo blanco debió de apreciar mi interés, cuando empezó a detallarme a que sabía cada uno de ellos, y yo quise morirme de la vergüenza al ver como no dejaba de entrar gente en aquel estrecho pasillo, y esperaban curiosos a ver por cuál me decidía. Tarta de limón. Eso, la típica tarta de limón me llevaré, le dije elevando mi tono de voz para que los demás clientes dejaran de mirarme con ojos acusadores. Definitivamente, iría a casa y no saldría más, al menos por ese día. De nuevo me recibió la calma de mi hogar, Alfredo no vendría a comer, por lo que disponía de toda la tarde para mí, y tenía tiempo de cocinar algo para la cena. Quería que fuera especial.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

